

### *Transparencia*

Todos los atardeceres la mujer se sienta en el patio de la casa. Si alguien la acompañara vería como su cuerpo se vuelve transparente al compás de la sombra. Primero surge un mapa encendido de venas y de vísceras, luego, más abajo, una población de huesos huecos por donde el viento corre como un golpe de música.

La mujer sonríe y levanta un hazo en la noche incipiente. Unos minutos más y se apagará el resplandor del hueso iluminado por canciones remotas y ocultará la piel el color de la sangre.

Cuando todo concluye, ella guarda la silla bajo el alero y vuelve a la cocina, llevándose el secreto de la transparencia del mundo.

### *Amor constante*

Sé que tu mano saldrá por debajo de la tierra para sostenerme –será semejante a una raíz, con nudos impenetrables al desgaste–. Sé que tu mano se curvará y se ahuecará para darme reposo. Sé que se cerrará y que se alzaré, para que me levante contra el temor del cielo. Sé que las noches la bruñirán como un espejo donde se refleje mi vida, para que me vea en sueños.

Sé que tu mano de ceniza tendrá sentido y latirá como tu corazón, constante nueve lunas para crecerme.

Sé que dibujará el último círculo de amparo y que me acostará en el centro de aquel aro de fuego.

Y todo el viento cayendo en el oscuro no podrá deshacerlo.

### *Fuegito*

La mujer tenía un fuegito en un lugar tradicional, común, de utilidades varias.

Lo usó para devorar.

Lo usó para guardar.

Lo usó para envolver con seda roja la fuerza de un hombre.

Lo usó para parir.

Lo usó para reírse con sonrisa de noche.

La mujer ha muerto, como todos los animales muy viejos. Está enterrada en un campo chico, donde duermen caballos bajo un cielo sin luces.

Pero un fuegito sobrevuela la noche de caballos dormidos.

Dicen que es la luz en pena de las ánimas.

Dicen que acaso es el alma de la mujer.

Pero solamente es el fuegito aquél, el del lugar común, tan fuerte como un alma, que alumbra, y alumbra.

## *Dragones*

Noche tras noche se construye en la casa un andamiaje silencioso. Los habitantes dejan sus ropas de vivir y su torpe calzado de recorrer ciudades que no miran. Rodean las paredes con sábanas tejidas por la hilandera de un cuento interrumpido y se cuelgan de los bordes, llameantes como cabezas de dragones.

Por las mañanas la casa apenas conserva alguna marca de ceniza bajo un alero y quizá la sombra del relámpago cruza al sesgo los vidrios de los dormitorios. Los habitantes salen por la puerta del frente vestidos de humanidad, pero en los bolsillos interiores de un traje, en las costuras de los uniformes, bajo las calificaciones y los lápices, las escamas del dragón van creciendo, tenaces y brillantes.

## *Ojos de Dios*

Los ojos de Dios crecen en las cavidades como los hongos bajo la humedad de las lluvias. Nacen sin cultivar, indisciplinados y múltiples, para ser devorados por animales pequeños o por niños cazadores de lagartijas.

Cada ojo es un mundo minúsculo que sólo puede verse al trasluz. Pero nadie se detiene a mirarlo y el diseño profundo y delicado de todo un cosmos desaparece bajo los colmillos de un perro o los dientes de un niño, con un sabor agridulce y una consistencia viscosa que estimula la desazón y la melancolía.

Los perros vagabundos que anuncian funerales, los hombres atrabiliarios y las mujeres estériles son -dicen- los que comieron ojos de Dios y ahora ambulan por los bordes de la vida, ciegamente rencorosos y tristes porque alguna vez tuvieron y perdieron la más secreta irradiación del mundo.

## *La pena*

El hombre tiene una pena grande, domesticada como un animal, maciza. Es torpe, el pelo le tapa los ojos, y apenas puede mirar hacia adelante. En las noches de invierno se sienta con el hombre junto al fuego. El la protege, la alienta, no la deja morir porque la pena se le confunde con su vida misma.

Por las mañanas le abre la puerta hacia el mundo y ella corre por calles implacables, de cara al viento, extremada y oscura en un deseo que no sabe su objeto.

## *Golpeando a las puertas del cielo*

*“Knock, knock, knocking at Heaven’s door...”*

## *Erik Clapton*

Golpeando a las puertas del Cielo para pedir prestada una taza de azúcar, medio limón, un vino, dos cucharas de aceite necesarias.

Golpeando a las puertas del cielo, vecina de intemperie, elevando bandejitas de súplica con una lista de pequeños dones que un Mano se niega a conceder.

Y la voz educada contesta –El Señor no está, el Señor ha salido, yo no puedo darle nada en Su Nombre, vuelva mañana por la mañana, a esa hora encontrará al Señor, muy temprano, antes del alba-.

Ella baja, humillada con furia, quebrando las ramas del árbol por donde ascendió –acaso algunas no vuelvan a retoñar y la escala se corte-. Ella se arroja sobre la tierra estrujando su papel en las manos con la taza vacía. Nunca ha llegado tan temprano para encontrar al Señor, nunca llegará. El sabe que la codicia de la suplicante no tiene medida, que el azúcar y el vino y el aceite se escurren por el hueco del deseo y que todos los dones arderán vanamente en alambiques de transmutación.

Pero ella volverá a golpear a las puertas del Cielo pidiendo una taza de azúcar para engañar la boca de la muerte, y un vino oscuro para encerrar al tiempo en la fiesta del cuerpo y una sal de memoria para grabar el aire de los días que fueron, mientras sube, torpe obstinada por el árbol roto, envejeciendo, en bata de dormir, con pantuflas de invierno, a golpear la puerta del Señor que reserva sus secretos.

## *Viaje*

Alguna vez representaron la base del mundo como una tortuga. Vamos de viaje sobre el caparazón de ese animal, apenas moviéndonos. Las estrellas pasan, veloces y candentes, y nosotros quedamos, atados al mirar sobre ciudades quietas.

Algún día la tortuga tropezará con un escollo, perderá el equilibrio. Caeremos de la tierra coriácea y opaca que nos sustenta. Transpasaremos las audaces regiones, ardientes como el soplo que una vez atravesó la llama de la luz mayor, hasta apagarlos.

## *Las aguas grandes*

Bajo las aguas más grandes de esta tierra hay una ciudad. No es una ciudad encantada ni sus habitantes conocen la eterna dicha. Trabajan en oficios silenciosos y se calzan los pies con botas mullidas que recuerdan la seda. Son pálidos y

húmedos y evitan mirarse en los espejos porque sus ojos tienen el don de transparencia.

Su cielo es apenas un techo de roca parecido al cristal. Exploradores solitarios suben para tocar la superficie que filtra las vibraciones de luz.

Alguien –siempre- mira desde abajo, con sed y amor, las aguas que se despeñan. Piensa que podría abrir una mínima compuerta y salir al otro lado del mundo donde el cielo termina. Pero el miedo es más fuerte y decide aguardar a que el día se acabe y la luz se retire, para llorar su pérdida.

### *Estatuas*

En Burgos o en Praga las estatuas de los héroes desaparecidos bordean los puentes. La noche agrava la sombra del río que corre bajo la gloria, e ilumina las figuras con luces que fingen un recuerdo perenne.

Todos los años alguien se ata al cuello la carga del amor o del dinero y se arroja a las aguas, a escasos metros del Cid o del Rey Carlos. Todos los años los viajeros miran con curiosidad e indiferencia las efigies sedentes antes de pasar al otro lado del puente y de la vida, y olvidarlas.

### *Curioso destino*

Tenías que perderte en los laberintos de la tierra por donde pasan los ángeles vestidos de bandoleros y toman de rehenes las almas descuidadas. Era ése tu curioso destino, escrito en una postdata del gran Libro en el que Dios anota las cuentas menudas con sus infieles.

Tu ángel de la guarda te ató a las muñecas con un encantamiento diferido. Por eso estás, en mitad de la vida, practicando espejismos solitarios con los reflejos de la luz, para ver si la cara del Dios en quien no crees aparece algún día entre el ramaje del bosque.